

PAPIRO

Día 15

El Intercambio

Luxor – Egipto.

La luz del amanecer apenas iluminaba el cuarto de Amy, pero ella ya estaba vestida y preparada para ir a ver a Burn. Sin embargo, temía que algo imprevisto socavara su objetivo, así que dándose ánimos murmuró:

—No podrá rechazar mi oferta. Tengo todo lo que acordamos.

Revisó nuevamente los cálculos, paso a paso. No quería sorpresas a esta altura de la negociación.

“En cuanto tenga el papiro, leeré la fórmula del antídoto”, pensó, y salió rumbo a Luxor. El calor de la mañana no hacía mella en su entusiasmo. Había luchado mucho por hallar el código y no iba ceder hasta conseguir el Sermy.

En ese momento, Burn caminaba en círculos dentro de su privado. Estaba esperando a Sofía, quien subía apresuradamente de dos en dos los peldaños de la escalera; el esfuerzo se reflejaba en su rostro que, inusualmente descuidado, mostraba una expresión de inquietud.

Había perdido el amuleto de la diosa Hathor y en su lugar lucía el escarabajo verde, haciendo juego con su vestido negro y sus ojos almendrados, que acentuó con bastante kohl para disimular su contrariedad. A diferencia de Amy, el calor empapaba su rostro, haciendo que su maquillaje se corriera ligeramente.

El gesto duro de Burn se suavizó al mirarla y, esbozando una leve sonrisa, le preguntó mientras ella entraba al privado:

—Los tienes, ¿verdad?

—Sí. Tuve que presionarlo —respondió Sofía.

—No importa, él se lo buscó —aseguró Burn.

—Nafir ya sabe lo del accidente de su hijo —dijo Sofía, tratando de justificarse.

—Adelante, dame los fragmentos —exigió Burn, ignorando el comentario.

Burn había colocado previamente en la mesa los fragmentos que él tenía y, con estos otros, que Sofía le había quitado a Nafir, esperaba visualizar el papiro en su totalidad. Ansioso, señaló un espacio y dijo:

—Colócalos aquí.

Sofía abrió su bolso y, con lentitud, sacó los fragmentos. Los colocaron sobre la mesa y comenzaron a ordenarlos según su forma irregular, como si armaran un rompecabezas. Tras varios intentos, finalmente lo lograron, pero su sorpresa fue mayúscula al descubrir que había dos huecos: uno en el centro del papiro y otro en el extremo superior izquierdo

—Faltan dos —dijo Sofía.

Burn recordó que el sacerdote copto le había entregado uno a Lurgi, y dijo:

—No, solamente uno —y enseguida abrió el cajón de su escritorio, sacó la copia del fragmento y la colocó en el extremo superior izquierdo.

—¿Y el otro? —preguntó Sofía.

Burn no contestó, se sentó y permaneció en silencio durante varios segundos, preguntándose en dónde estaría el fragmento faltante. Sofía lo miraba fijamente, tratando de entender qué sucedía. De pronto, Burn exclamó:

—¡Demonios! Lo tomó Daryl cuando estuvo aquí.

Sofía seguía confundida, no tenía antecedentes de esto, y preguntó:

—¿Se lo diste?

Burn volteó, la miró a los ojos y exclamó:

—¡Claro que no!

Tras un momento de tensión, mientras pensaban cómo recuperar el fragmento faltante, escucharon pasos en la escalera. Voltearon y vieron que Amy subía, aproximándose al privado. Burn se sentó para esperarla y le susurró a Sofía:

—Que no se entere de que falta uno.

Amy entró y los saludó, al mismo tiempo que Burn le presentaba a Sofía, diciendo:

—Ella es Sofía, la nueva supervisora.

A continuación, le preguntó:

—¿A qué debo tu visita?

Era obvio que no la esperaban, pero a Amy eso no le importó y, antes de hablar de su oferta, se dirigió a Burn, y afirmó:

—Traigo el código.

Burn, disimulando su alegría, dijo:

—Precisamente, estamos esperando a Daryl para hacer el intercambio.

Y agregó:

—Ya tiene lo que está en la Piedra.

Amy palideció, además de sorprenderla, esto le restaba poder en la negociación y, moviendo la cabeza a ambos lados, dijo:

—No lo creo.

Burn se limpió sus bien cuidadas uñas, disimulando su inseguridad. Mientras le ofrecía una silla, propuso:

—Esperemos a que llegue.

Daryl subía en ese momento las escaleras, volteó y los vio a través del cristal. Una sola mirada bastó para dejarlo impactado. No esperaba encontrarse con Amy, aunque eso no le importó. Fue la presencia de Sofía la que lo desconcertó; se distrajo y no vio el último escalón, dio un traspie y por poco cae.

A Sofía le pareció gracioso el incidente y sonrió al recordar que ya lo había visto antes, cuando casi lo arrollan al cruzar la calle.

Daryl logró recuperar el equilibrio, pero no el aplomo. Al entrar al privado, volvió a tropezar. Esta vez, Sofía logró sostenerlo y él, mirándola a los ojos, dijo:

—Gracias, soy Daryl.

Luego miró al resto y añadió:

—Hola.

Amy se quedó perpleja al ver los desfiguros de Daryl, y no le gustó el interés que mostró por Sofía. Ahora, no solo le preocupaba que él hubiera logrado descifrar el texto; algo nuevo, inesperado y difícil de nombrar comenzaba a inquietarla. Su zozobra crecía, y no lograba contenerla. Había creído que su interés por Daryl era meramente profesional, pero no entendía por qué se sentía así.

Por un lado, quería retirarse y regresar más tarde; por otro, su deber era más fuerte que su turbación. Decidió quedarse, dispuesta a resistir la incomodidad y seguir adelante con el intercambio. Contuvo su impulso de marcharse, y con sequedad respondió el saludo:

—Hola.

Burn estaba impaciente; lo único que le interesaba era conseguir lo que estaba en la Piedra. Tenía que cumplir con el compromiso que su jefe había hecho y se acercaba el día límite para abrir la bóveda. Necesitaba asegurarse de contar con el código, así que habló directamente:

—Bien, negociemos —mostrándoles los fragmentos, agregó—: Este es el papiro.

Amy se inclinó sobre la mesa; sus ojos recorrieron el papiro con un escrutinio casi desesperado. Al principio no podía identificar qué estaba mal, pero entonces lo vio: un hueco en el centro rompía la continuidad, como una herida abierta en el cuerpo del papiro.

—¿Está completo? —preguntó con voz tensa, alzando la mirada hacia Burn. Sentía la garganta apretada, como si ya intuyera la respuesta.

Burn cruzó los brazos y desvió la mirada hacia la ventana, evitando el contacto visual.

—Son los míos y los del Dr. Taruf —respondió con una calma que no alcanzaba a disimular la sombra de incomodidad en su tono.

Amy apretó los dientes. La frustración comenzaba a hervirle en el pecho. No era solo el papiro lo que estaba incompleto; era la sensación de estar atrapada en un juego donde siempre faltaba algo, donde la verdad siempre estaba en manos de otros. Cerró los ojos un instante, respiró hondo y volvió a mirar a Burn, buscando la respuesta que él no le daba.

Mientras tanto, Daryl veía a Sofía, interrogándola con la mirada. Quería saber si ella conocía la verdad. Al ver que ella le correspondía, no pudo contenerse y sonrió.

Amy notó que ambos intercambiaban sonrisas; su zozobra aumentó y estuvo a punto de abandonar la reunión. Pero sacó fuerzas de su interior al recordar a su padre y dijo:

—Te doy lo que está en la Piedra y el código, a cambio del papiro.

Emocionado, Burn preguntó:

—¿Dónde está el código?

Amy miró a Sofía, que seguía la conversación con atención. Sospechando una posible trampa por parte de Burn, se tocó la sien con el dedo índice y respondió:

—Aquí, en mi cabeza.

Burn se desconcertó. No le gustó que Amy se pusiera a la defensiva, y espetó:

—Entonces no hay trato.

Se levantó del sillón, visiblemente molesto, y se dirigió a la puerta. Fue entonces cuando Sofía intervino:

—Vayamos paso a paso. A todos nos interesa el intercambio.

Burn, más sereno, se volvió hacia Daryl y le preguntó:

—Y tú, ¿qué ofreces?

Daryl respondió sin dudar:

—Lo que está en la Piedra.

Este era el momento que todos habían estado esperando durante semanas. Burn debía tomar la decisión correcta para cumplir con Zaid, aunque también quería el código. Le dijo a Daryl:

—Muéstralo.

Daryl, sin inmutarse, lo refutó:

—Yo solo vine a recoger los fragmentos.

Este desplante molestó a Burn y le dijo:

—El acuerdo fue solo por los fragmentos que yo tenía —enseguida separó los del Dr. Taruf del resto.

Amy no podía creer lo que estaba presenciando. Se sentía traicionada, engañada. Había luchado tanto por desentrañar el misterio de la Piedra, y ahora todo parecía esfumarse. Desesperada, al ver que Burn iba a entregarle los fragmentos a Daryl, exclamó:

—¡Que él muestre el suyo y yo mostraré el mío!

Burn la miró con desconcierto y preguntó:

—¿Qué caso tiene?

Amy respondió con firmeza:

—Si no es el correcto, no podrás obtener el código.

Burn se quedó pensativo. Finalmente, asintió y dijo:

—De acuerdo, veamos qué tenemos.

Y dirigiéndose a ambos, ordenó:

—Muéstrenlos.

Amy respiró aliviada. Rápidamente escribió el número 3.147890497 en una hoja y se la entregó a Burn. Este no esperó a que Daryl escribiera el suyo. En su lugar, les mostró un telegrama en el que se leía:

«Esto es lo que está en la Piedra: 3.146890496»

Al comparar los números, Burn aclaró:

—No son iguales, alguno está erróneo.

Y se volvió hacia Daryl:

—¿Ya tienes el código?

Daryl, sintiendo que Amy le estaba robando su triunfo, afirmó:

—No, pero lo puedo conseguir.

Burn no preguntó más, volvió su mirada hacia Amy y le dijo:

—De acuerdo, tú ganas.

Acto seguido, reunió todos los fragmentos y se los entregó.

Amy, después de guardarlos rápidamente, se acercó a él y le dio un papel con el código.

Burn lo cogió y vio que el código estaba cifrado. Antes de que pudiera preguntar el porqué, Amy se acercó aún más y le musitó al oído:

—La clave es Sofía.

Y se marchó sin despedirse de Daryl, que no daba crédito a lo que estaba sucediendo.

Los tres continuaron en el privado. Burn se dirigió a Sofía y le preguntó:

—¿Y la clave?

Sofía, aún asombrada, solo atinó a decir:

—No sé de qué hablas.

Burn se sintió engañado, pero al revisar el papel con el código cifrado, vio que en letras muy pequeñas decía:

“Cuando Ames menos la Piedra, multiplícala por 7”.

Tardó unos momentos en entender el significado, pero sonrió al comprender el juego de palabras de Amy y la forma en la que debía usar la clave “Sofía” para obtener el número de Ahmes y, al final, el código. Así que, satisfecho, decidió no ir tras ella.

Daryl y Sofía seguían desconcertados y veían sonreír a Burn sin entender qué sucedía. Sofía aprovechó este momento y se presentó:

—A propósito, soy Sofía, la nueva supervisora.

Le extendió su mano a Daryl, quien la estrechó. Una fuerza inexplicable lo sacudió levemente, pero al mismo tiempo lo tranquilizó, a pesar de lo desafortunada que la reunión había sido para él. Observó que el amuleto verde de Sofía brillaba, combinando perfectamente con sus ojos color aceituna, y se sintió cautivado por ella. Este sentimiento provocó que se olvidara, momentáneamente, de las palabras que Malenty le había dicho:

—No te retires sin el papiro.

Sofía, preocupada porque solo restaban cinco días, se dirigió a Burn y le preguntó:

—¿Tenemos el código?

Burn, aún sonriendo y admirando la ingeniosa jugada de Amy, respondió:

—Prácticamente ya es nuestro.

Esto alegró a Sofía y, sintiéndose liberada de tanta tensión, exclamó:

—Al fin podremos abrir la bóveda.

Daryl reaccionó al escucharla y, dirigiéndose a Burn, le dijo:

—Yo puedo ayudarlos.

Burn se sorprendió y volteó a mirar a Sofía. Su sonrisa denotaba triunfo, pero aún así necesitaba toda la ayuda posible.

—Está bien. Sofía te dará los detalles —dijo Burn, aceptando la oferta.

Mientras Sofía asentía, preparando a Daryl para su nuevo rol, a kilómetros de ahí, otro frente de la misma batalla comenzaba a desplegarse bajo el sol implacable de Luxor.

Celia y Lurgi ya se encontraban en la plazuela, a la espera del sacerdote copto que les daría el papiro. Contaban con la autorización para hablar en nombre de la Santa Sede, lo que les daba confianza para negociar un buen acuerdo.

Se sentaron en la misma banca de la última vez, pero Lurgi, sin motivo aparente, empezó a sentirse nervioso, con las manos sudorosas. Celia observó que la fuente no funcionaba y que los pájaros revoloteaban en busca de agua. Las palmeras lucían amarillentas y caídas, marchitas por la falta de viento. El calor se sentía más intenso de lo habitual, haciendo que la piel se reseca.

Parecían dos extraños. No hablaban ni sonreían. La última reunión los había distanciado, pero su deber era lo más importante y se esforzaban por cumplirlo puntualmente.

El sacerdote copto llegó puntual. Lurgi y Celia se levantaron al verlo, pero no hubo saludo. El anciano los observó detenidamente antes de hablar.

—¿Aceptó el Papa de Roma la invitación? —preguntó, sin rodeos.

Lurgi asintió con cautela.

—Sí... aunque con ciertas condiciones.

El sacerdote entrecerró los ojos, como si evaluara la sinceridad de la respuesta.

—¿Será el próximo mes?

Lurgi vaciló. Miró a Celia, que se mantenía en silencio, antes de responder.

—No.

El silencio se volvió denso. El sacerdote frunció el ceño.

—Entonces, ¿cuándo?

Lurgi tragó saliva. La voz le salió más baja de lo que esperaba.

—Nos han dicho que, debido al estado de salud del Papa... y sus compromisos, quedará para febrero del próximo año.

El sacerdote bajó la mirada un instante, como quien escucha algo que ya temía. Luego alzó el rostro con severidad.

—Eso no es aceptable. Debe ser este mismo año.

Celia se tensó. No pudo contenerse.

—¡Es imposible! —exclamó, con el rostro encendido.

El sacerdote la miró con frialdad. Se hizo un breve silencio, antes de que él murmurara:

—Entonces... lo pospondremos todo.

Se giró para marcharse, pero Lurgi se adelantó:

—Necesitamos el papiro ahora. No podemos esperar.

Justo en ese instante, la fuente del centro soltó un chorro repentino. Los pájaros, sedientos, bajaron en bandadas, aleteando entre trinos. El sacerdote detuvo sus pasos y, sin volverse, pronunció con voz firme:

—¡Imposible!

Y se alejó, sin más palabras.

Celia y Lurgi se quedaron desconsolados, sabiendo que el tiempo se agotaba y la tarea que tenían encomendada parecía imposible de cumplir.

La carrera por el papiro se volvía cada vez más frenética, una tensión palpable que cortaba el aire. Aunque ambas expediciones habían cosechado avances significativos, la victoria seguía siendo esquiva, como un espejismo en el desierto. Lurgi y Daryl, impulsados por propósitos tan distintos como el día y la noche, se enfrentaban al mismo obstáculo: el cansancio, implacable y corrosivo, que comenzaba a desgarrar sus voluntades.

Amy, por su parte, se trasladaba ansiosa hacia su campamento en Deir el-Bahari. El papiro por fin era suyo. Le urgía llegar cuanto antes, leer los jeroglíficos y desvelar la fórmula del antídoto.

El Escarabeo

Deir el-Bahari – Egipto.

Al llegar al campamento, Amy estaba visiblemente agotada. Su rostro reflejaba desconfianza. Inquieta, agudizó los sentidos y se detuvo un momento frente a la puerta de su cuarto, observando a su alrededor para asegurarse de que nadie la seguía.

Al oír pasos, giró bruscamente y divisó una sombra moviéndose furtivamente a lo lejos. Su corazón se aceleró y, con dificultad para respirar, revisó su bolso para confirmar que los fragmentos seguían allí. Atormentada por la idea de perderlos, temió lo peor. Sin esperar más, entró y cerró la puerta tras de sí.

Una vez dentro, volvió a tocar su bolso y, con manos temblorosas, lo abrió. Necesitaba comprobar que todo estuviera en orden. Al sentir los fragmentos, una sonrisa iluminó su rostro. Llena de emoción, los extrajo uno a uno y los dispuso cuidadosamente sobre la mesa de trabajo. Mientras se secaba el rostro y se acomodaba, comenzó a ordenarlos. Estaba impaciente por leer los jeroglíficos y desentrañar sus secretos. Esa sola idea la reanimó, y en poco tiempo logró ensamblar el papiro.

—Por fin —murmuró para sí misma.

Llena de ansiedad, Amy respiró hondo. Estaba a punto de sentarse cuando un ruido en la entrada la hizo girar. Sobresaltada, se puso de pie y abrió la puerta: en el suelo yacían un papel doblado y un amuleto. Recorrió con la mirada el entorno en busca de quien los hubiera dejado, pero no encontró a nadie. Recogió los objetos, cerró la puerta y leyó el mensaje:

«Usa el escarabeo, te protegerá»

Intrigada, dejó el papel a un lado y murmuró:

—Qué extraño...

Sin perder un instante, se colgó al cuello la cadena que sostenía el escarabeo de jaspe verde, un amuleto en forma de escarabajo.

Aunque la soledad pesaba sobre sus hombros como un manto húmedo, y los escalofríos provocados por el viento que se colaba por las rendijas la hacían temblar, Amy estaba decidida a permanecer despierta.

Sabía que la vida de su padre dependía de su habilidad para descifrar la fórmula. No permitiría que nada la distrajera de su tarea. Con suavidad, frotó el escarabajo para

infundirse seguridad y, con una concentración que nunca antes había sentido, se sumergió en la lectura de los jeroglíficos.

Pero se quedó pasmada. Eran demasiados.

¿Por cuál empezar?

Todos parecían ofrecerle la respuesta.

Fernando Perales